

*Universidad Hidalguense***Evitar el Gatopardismo**

POR MIGUEL ANGEL GRANADOS CHAPA

**F**ALTAN pocas semanas para que asuma el poder ejecutivo en el estado de Hidalgo el gobernador electo, Jorge Rojo Lugo. Aunque él ha expresado que no se propone exterminar el sanchezvitismo, la comunidad hidalguense espera que, por lo menos, los miembros de esa corriente no queden de nuevo incorporados a los puestos de decisión. Si ocurriera lo contrario, no sólo se cometería fraude a los habitantes de Hidalgo, sino que se les pondría en riesgo de que, al calor de la venganza, floreciera de nuevo la arbitrariedad que fue común en los seis años anteriores, en aquella entidad.

Hay razones para temer que así suceda. En primer lugar, es preciso comprender que la clase política hidalguense, por más numerosa que sea, es forzosamente restringida. Sería imposible formar todo un gobierno dejando de lado a quienes en el pasado reciente participaron en él. Así se ha visto en las planillas de candidatos a diputados, en que se incluyó a personas que intervinieron en el régimen depuesto en abril pasado.

Más claramente se ha observado este fenómeno en la Universidal local. Hasta hace poco, fue rector un abogado, dependiente del gobernador que lo era en 1970. El nombramiento del susodicho jurista pareció un buen augurio para la casa universitaria: en un ámbito de mediocridad intelectual, el nuevo rector sobresalía por haber escrito un libro y tener preocupaciones literarias, si bien de magnitud aldeana.





**N**O corrió mucho tiempo para que el gozo cayera en el pozo. La técnica que el gobierno ponía en práctica en todo el estado, destinada a esquilmar, corromper, atemorizar, despolitizar, se reprodujo puntualmente en la Universidad. Las cuotas escolares crecieron desmesuradamente, como si se tratara de una entidad rica y no, como en efecto acontece, de una de las más paupérrimas del país.

No fue casual que en años de inquietud juvenil manifiesta en casi todos los puntos del país, en la Universidad de Hidalgo reinara la paz. Era, es, una tranquilidad ficticia, nacida de la abulia y de la corrupción. Revisar el catálogo de los delitos cometidos por dirigentes estudiantiles, todos ellos deformados por las dádivas gubernamentales y rectoriles, pondría turbación en el ánimo de los lectores.

Cuando conveniencias políticas determinaron que el sanchezvitismo fuese derrocado, en un enroque de beneficiosas consecuencias para la población hidalguense, no se requirió esperar mucho para que los escasos, pero activos, elementos sanos en la Universidad buscaran la salida del rector, tan ligado con el antiguo régimen.

Lo consiguieron. Pero, a la manera del gatopardo, los funcionarios que habían sido despedidos junto con el rector —todos ellos, salvo el secretario general, gente sin valía— maniobraron para seguir montados en el presupuesto universitario. El nuevo rector, sin sensibilidad política alguna, y burlándose de las aspiraciones universitarias, hizo asesor legal de la Universidad a su antecesor, y conservó en sus cargos al resto de los altos empleados.

Así puede suceder en el ámbito gubernamental. Por eso es preciso estimar como lección lo acaecido en la institución universitaria. Y corregirlo, si es posible. O evitar que el fenómeno se reproduzca en el gobierno estatal.